

LA BENDICIÓN DE SER SEGUNDO

Vanjo Farias

Introducción

Es muy triste ver tropezar a personas de las cuales tuve celos, o contra quienes me permití insinuaciones de competencia. Pocas sensaciones son tan angustiosas y desagradables como esta.

Los celos y la envidia son gemelos, y mucho más dañinos al corazón y al alma que la ira y el furor (Prov. 27:4). Mientras que la ira y el furor son manifestaciones momentáneas, circunstanciales y pasajeras, los celos y la envidia se alojan en lo más íntimo del alma, amargando el corazón que las abriga. La persona llevada por los celos se vuelve egoísta, defensiva, insensata. No se da cuenta que, muchas veces, hace un papel ridículo defendiéndose, comparándose y descubriendo a sus semejantes. Tener celos es una de las mayores manifestaciones del egoísmo, opuesto al amor, que no busca sus propios intereses. Al final, los celos causan más daño a quien lo posee que a quien es blanco de ellos.

El ejemplo más conocido de esta verdad es la historia de José y sus hermanos. Esta historia nos muestra cómo alguien que fue blanco de afectos, cariños y amorosos cuidados, puede volverse odiado. José fue durante mucho tiempo el hermano menor y, ciertamente, fue protegido, alzado y rodeado de mimos por sus hermanos mayores. Así y todo, aquellos que alguna vez lo protegieron y besaron, pasaron a odiarlo, persiguiéndolo y maltratándolo, y casi asesinándolo a causa de los celos y la envidia. El envidioso sólo se satisface quitando de delante de sus ojos el objeto de sus celos. Así, los hermanos de José lo vendieron como esclavo.

Capítulo 1

El riesgo de desear el reconocimiento humano – El complejo de Amán

Mucho se ha hablado de no apropiarnos de la gloria que es para el Señor. De la necesidad de mantenernos en humillación delante de Dios, y del hecho que muchos ministerios han sucumbido porque los hombres se pusieron a sí mismos, y no al Señor, como centro de sus decisiones e intenciones.

Ahora, consciente del valor de esta advertencia, estoy convencido que el mal que más nos amenaza no es la competencia con el Señor (esto es muy grosero y estamos más atentos), sino la competencia con aquellos que comparten con nosotros las responsabilidades del ministerio en la casa de Dios. Una de las tentaciones más sutiles, peligrosas y constantes es buscar para nosotros la honra que Dios reservó para nuestro compañero. Sé que en la mayoría de los modelos de gobiernos existentes en la Iglesia Evangélica, no se divide la autoridad y responsabilidad entre iguales. Al contrario, hay siempre un líder principal, rodeado de auxiliares, a quien es atribuido todo mérito por los avances en la obra.

Debemos recordar que en el Nuevo Testamento, siempre que la Escritura se refiere al gobierno de la Iglesia en la localidad, utiliza la expresión en plural – “Presbíteros”, o, “Presbiterio”. Por eso este modelo de “liderazgo solitario” está en flagrante contradicción con la Escritura. La soledad del líder favorece la vanidad personal, volviéndose un lazo del diablo que ha llevado a muchos a volverse soberbios y a aislarse, defendiendo “su” ministerio. Tales líderes, en su aislamiento, se vuelven inaccesibles y esconden sus flaquezas y errores, sin permitir que nadie se aproxime a ellos lo suficiente como para corregirlos. Muchas veces los resultados de esta actitud son pecados graves y escándalos, cumpliéndose la advertencia de las escrituras: *“El que se aparta [aisla] busca su propio deseo, y estalla en disputa contra toda iniciativa”* (Prov. 18.1 RVA), y *“...Pero ellos, midiéndose y comparándose a sí mismos consigo mismos, no son juiciosos [sensatos]”* (2 Cor. 10.12 RVA).

El propio Dios no trabaja solo, y si queremos agradarlo debemos buscar la pluralidad en nuestro servicio a Él. Es verdad que existen riesgos al dividir el ministerio con otros iguales a nosotros en autoridad y responsabilidad, pero es cierto también, que no existe un recurso más eficaz para ejercitarnos en humillación y para volvernos más parecidos con el Señor Jesús en su vaciamiento y actitud de siervo. Entendiendo que el modelo bíblico es la voluntad del Señor, debemos tener una clara conciencia de los riesgos de la pluralidad en el ministerio para preservar la actitud correcta y ser en todo agradables al Señor.

En un ambiente de autoridad plural, una de las tentaciones más sutiles, peligrosas y constantes es buscar para nosotros la honra que Dios reservó para nuestro compañero. La Escritura dice que somos ministros de Cristo y mayordomos de los misterios de Dios, y que debemos ser fieles al servicio que nos fue confiado (1 Cor 4.1-2). El servicio es escogido por el Señor y no por el siervo. Le toca a cada uno realizar con fidelidad y alegría el servicio que

le fue confiado, sin importar lo que el Señor haya reservado para los demás consiervos (Rom 12.3, 1 Co 3.5-9, Gal 2.7-9, Efe 4.7). Muchas veces la "curiosidad" respecto a lo que el Señor pretende hacer con nuestros compañeros denuncia un error típico de quien se siente amenazado por la trayectoria de otro. Por eso, la respuesta del Señor Jesús a las curiosidades de este tipo será siempre la misma que le fue dada a Pedro, cuando se sintió "incomodado" con la compañía de Juan: *"-Señor, ¿y qué de éste? Jesús le dijo:-Si yo quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué tiene esto que ver contigo? Tú, sígueme"* (Juan 21.21-22). O sea "Pedro, ¿estás preocupado con el bien de tu compañero o quieres mantener tu exclusividad?"

Es el Señor quien establece el "espacio" de cada uno. No debemos estar inquietos con el avance de los que están a nuestro lado. Si no entendemos esto, la competencia se instalará en nuestro corazón, haciendo brotar el celo y la soberbia, llevándonos a la perdición.

"...para que aprendáis en nosotros a no pasar más allá de lo que está escrito, y para que no estéis inflados de soberbia, favoreciendo al uno contra el otro. Pues, ¿quién te concede alguna distinción? ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te jactas como si no lo hubieras recibido?" (1 Cor 4.6-7).

El servicio al Señor es muchas veces motivo de vanagloria y soberbia, por eso tales advertencias apostólicas no nos deben sorprender. Al contrario, la Escritura afirma claramente que *"Algunos, a la verdad, predicán a Cristo por envidia y contienda"* (Fil 1.15). Si no existiese el riesgo de competencia en el ministerio, si no estuviésemos expuestos a sentirnos superiores y mejores que otros, y si no existiese el riesgo de "hacer" la obra de Dios buscando nuestra propia honra, el Espíritu Santo no nos habría dicho: *"No hagáis nada por rivalidad ni por vanagloria, sino estimad humildemente a los demás como superiores a vosotros mismos"* (Fil 2.3).

Una manera de guardar nuestro corazón contra estos sentimientos es no preocuparnos demasiado con el juicio que hacen otros con respecto a nosotros, descansando y confiando en el juicio que el propio Señor hará de nosotros, como dice Pablo en 1 Cor 4:5: *"sí que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, quien a la vez sacará a la luz las cosas ocultas de las tinieblas y hará evidentes las intenciones de los corazones. Entonces tendrá cada uno la alabanza de parte de Dios."* Pero aún cuando nos esforzamos para no reaccionar tanto ante el juicio que hacen de nosotros, la tendencia es ir al otro extremo, despreciando la opinión de los hermanos y nos ocultamos bajo una capa de falsa "espiritualidad" (3 Juan 9-10). En este caso, dejamos de ser bendecidos y perfeccionados a través del discernimiento de la Iglesia.

La Escritura está llena de declaraciones sobre el juicio de Dios y la recompensa que Él nos concederá en el día final. El Señor asegura que nuestras obras nos acompañarán (Apo 14.13) y que cada uno recibirá su alabanza de parte de Dios demostrando que el tribunal de Cristo será para recompensa y no para castigo (1 Cor. 4:5; Rom 14.10, 2 Cor 5.10). Afirma aún que el Señor nos observa para su aprobación y alabanza (2 Cor 10.18), y que Él exaltará a los que se humillen (Santiago 4.6-10). Sin embargo, parece que es más fácil buscar y hasta exigir el reconocimiento de los hombres. Es difícil valorar aquello que sólo ocurrirá en la eternidad. Huir de la honra, muchas veces inmerecida, o sufrir el daño de ser ignorado y despreciado

por los hombres en espera del juicio de Dios, exige fe, y para la mayoría de nosotros, es más fácil sentir que creer. Somos inmediatistas y por eso reaccionamos con más facilidad a la alabanza o a la reprobación de los hombres, que alabanza o reprobación de Dios. La verdad es que nuestra a nuestra carne le gusta y se deleita con la honra proveniente de los hombres. Jesús advierte a aquellos que buscan y aceptan la gloria de los hombres diciendo que éstos no son capaces de creer (Juan 5.44). Y si no pueden creer, ¿Cómo podrán agradar al Señor (Heb 11.6)? ¿Si no pueden agradar al Señor, cómo recibirán alabanza de su parte? El camino y el premio de los que buscan reconocimiento humano será el mismo que el de los hipócritas reprobados por el Señor Jesús: *“Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos. De lo contrario, no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos... como hacen los hipócritas... para ser honrados por los hombres... para ser vistos por los hombres... De cierto os digo que ya tienen su recompensa...”* (Mat 6.1-6, 16-18).

Buscar el reconocimiento de los hombres significa perder la recompensa que se podría recibir de Dios

Toda buena obra o justicia, o sea, todo acto de obediencia a la voluntad de Dios practicado en la tierra, debe perseguir la gloria de Dios y no nuestra propia honra. Podemos percibir esto comparando Mateo 5.16 con Mateo 6.1:

Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, de modo que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.

Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos

Los textos son muy parecidos y hablan de practicar buenas obras delante de los hombres. La única y terrible diferencia es que se puede hacer esto buscando la gloria de Dios o el reconocimiento de los hombres para uno mismo. Es solo una cuestión de una actitud interior. La búsqueda de reconocimiento humano nos alejará de la gloria de Dios.

El hombre que busca la gloria de los hombres no solo perderá la aprobación de Dios sino que traerá sobre sí juicio, ira y condenación. Esto está muy bien ilustrado en la historia de Aman y Mardoqueo en el libro de Ester. No le era suficiente a Aman tener el altísimo privilegio de ser el primer ministro del glorioso imperio medo-persa. El quería ser venerado por cada individuo (Ester 3.1-6). El hecho de que Mardoqueo rehusara arrodillarse al paso de Aman, hizo que este presuntuoso ministro planease la muerte de Mardoqueo y de todos los judíos. La necesidad de aceptación es un sentimiento común a todos los humanos, pero se puede transformar en un desmedido deseo y búsqueda de afirmación delante de los hombres. Este deseo de obtener el reconocimiento de los hombres es un pozo sin fondo, como un agujero negro en el cosmos. Llamamos a esto “el complejo de Aman”.

Ninguna honra, ningún reconocimiento o amor consigue llenar este vacío. Aquel que de riendas sueltas a tal sentimiento se encontrará en terrible lazo del diablo y será prisionero y rehén de su propia carne y pasión. No se contentará con el amor de Dios, ni quedará

satisfecho con la aceptación y reconciliación que el Padre nos ofrece por medio de Jesús. Tal persona no será ayudada otorgándole sus aspiraciones. Al contrario, como Aman, se hundirá cada vez más en este pantano de destrucción. Con el pasar del tiempo este deseo enfermo aumentará, generando una verdadera dependencia, o sea, un deseo que se transformará en "necesidad". Como un adicto a las drogas, el individuo irá en una creciente búsqueda de satisfacción de este vicio, y sin darse cuenta, cometerá locuras, hasta hallar su propia destrucción como aconteció con Aman (Ester 5,6,7).

Algunos, para recibir alabanza de los hombres, expulsarán a Cristo de sus corazones.

El Señor nos guarde de este miserable y engañoso corazón (Jer. 17:9-10; Prov. 28:26)

Capítulo 2

Enfrentando la carne con la cruz

No existe vacuna contra este mal, y pienso que nunca seremos totalmente curados de él, mientras estemos en este cuerpo. Mi fe y confianza es que podemos ejercitarnos y crecer en victoria. **Crear el hábito de la humillación conciente.** Actuar, diariamente, contrariando las inclinaciones naturales de nuestro corazón y haciendo lo que Dios nos ordena, sin sentir que estamos siendo hipócritas. Puedo buscar y alegrarme en la honra de mi hermano, aún sin sentir el deseo, de la misma manera que huyo de una mujer que me atrae, aún queriendo hacer lo contrario. No es hipocresía, es obediencia por la fe.

Sólo la humillación de la cruz puede destruir tal deformación de la naturaleza humana

“ Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos.”
(Gal. 5:24)

“Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo.” (Gal. 6:14)

Esta es la gloria de la cruz: nos liberta del mundo con sus valores influenciados por el pecado e independencia de Adán, y por la soberbia de Lucifer.

Sólo en la cruz podemos imitar a Jesús que, aún siendo el Señor de todos (Hechos 10:36), se entregaba, cuando era ultrajado, a Aquel que juzga rectamente (1 Pedro 2:20-23).

La cruz anula las pasiones de la carne, pues nos obliga a depender total y exclusivamente del Padre y de Su justicia perfecta. Nos enseña a sufrir el rechazo y el desprecio. La cruz nos humilla y nos deja indefensos. Es imposible ser humildes sin sufrir humillación (Isaías 50:5-10). La humillación es indispensable para la santificación. Los que no soportan su propia humillación jamás conocerán la cruz de Cristo y el poder de Su resurrección (Filip. 3:7-11).

*Por otro lado, los que osaron seguir los pasos del mudo Cordero de Dios, gustaron de un consuelo y una paz nunca soñados. Consiguieron experimentar la compasión, en vez de la competencia. Supieron, con invariable certeza, lo que Jesús comunicó cuando dijo: “... **hallareis descanso para vuestras almas**” (Mateo 11:29), porque ya aprendieron a ser, como el propio Cordero, mansos y humildes.*

La cruz nos obliga a perder las esperanzas en el mundo y en la tierra. La cruz destruye nuestras expectativas de reconocimiento y exige que miremos con fe y esperanza hacia la eternidad.

*En Apoc. 2:13, el propio Señor da testimonio de un discípulo desconocido. Desconocido para nosotros, no para Él. Para nosotros es un tal Antipas, para Jesús es “**mi testigo fiel**”. ¡Que glorioso testimonio! ¿Qué siervo no quiere oír esto de su Señor?*

Cuando perdemos de vista esta confianza y esperanza, nos ocupamos buscando reconocimiento y aceptación delante del pueblo. Somos atacados por el mal que destruyó a Saúl.

Capítulo3

El síndrome de Saúl – Todos pueden Ser Honrados, después de Mí.

Una lectura cuidadosa del libro de 1 Samuel revela mucho del corazón de Saúl:

- 1 Sam. 13:11-14; preocupado en garantizar “su” reino desobedeció al Señor, profanando el sacrificio.
- 1 Sam. 14:24-35; espiritualidad exterior con exigencias absurdas que generaron locos actos de rebelión. Edifica un primer altar, después de tantos años. Actos como estos no demuestran una actitud de quien quiere honrar al Señor, mas bien quieren garantizar su posición delante de Dios y de los hombres cumpliendo procedimientos.
- 1 Sam. 15:1-11; desobediencia por temor al pueblo. Le era más importante ser aprobado por los hombres que por Dios. Se revelaba como un hombre carnal, que necesitaba de la aprobación humana para afirmarse.
- 1 Sam. 15:12; edificó un monumento a sí mismo. Quería que todos supiesen que él, el gran Saúl, había derrotado a los amalecitas. **David levantaba altares al Señor, Saúl monumentos a sí mismo.**
- 1 Sam. 15:13-21; se excluía de la reprobación, atribuyendo la culpa al pueblo (el pueblo perdonó, trajo..., mas el pueblo tomó) . Y se incluye en lo que es aprobado (destruimos, destruí totalmente) . Buscaba su propio interés y honra, aún en perjuicio del pueblo que le había sido confiado por Dios. Que diferencia con David: “Y David dijo a Jehová, cuando vio al ángel que destruía al pueblo: Yo pequé, yo hice la maldad; ¿qué hicieron estas ovejas? **Te ruego que tu mano se vuelva contra mí, y contra la casa de mi padre.**” (2 Sam. 24:17). Que diferencia con Pablo: “ Nosotros somos insensatos por amor de Cristo, mas vosotros prudentes en Cristo; nosotros débiles, mas vosotros fuertes; vosotros honorables, mas nosotros despreciados.” (1 Cor. 4:10); “Y oramos a Dios que ninguna cosa mala hagáis; no para que nosotros aparezcamos aprobados, sino para que vosotros hagáis lo bueno, aunque nosotros seamos como reprobados.” (2 Cor. 13:7); “De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida.” (2 Cor. 4:12)
- 1 Sam. 15:22-31; reprendido con severidad, se arrepiente superficialmente, admitiendo que temió al pueblo, pero no consigue esconder su dolencia crónica: la incontrolable necesidad de ser honrado: “... **pequé, hónrame...**”. ¡Que absurda contradicción!
- 1 Sam. 18:6-30; no soportaba ver que otro recibiera más honra que él. Ver la reprobación de Dios sobre él y la bendición de Dios sobre otro no le trajo a arrepentimiento y humillación (Salmo 51:10, 12, 16-17), sino rabia, miedo y deseo homicida. **Hijo de Caín.** Cuando somos reprobados por el Señor, sólo la humillación desvía el juicio. Fue así con Ezequías: “1 En aquellos días Ezequías cayó enfermo de

muerte. Y vino a él el profeta Isaías hijo de Amoz, y le dijo: Jehová dice así: Ordena tu casa, porque morirás, y no vivirás. 2 Entonces él volvió su rostro a la pared y oró a Jehová y dijo: 3 Te ruego, oh Jehová, te ruego que hagas memoria de que he andado delante de ti en verdad y con íntegro corazón, y que he hecho las cosas que te agradan. Y lloró Ezequías con gran lloro. 4 Y antes que Isaías saliese hasta la mitad del patio, vino palabra de Jehová a Isaías, diciendo: 5 Vuelve, y dí a Ezequías, príncipe de mi pueblo: Así dice Jehová, el Dios de David tu padre: Yo he oído tu oración, y he visto tus lágrimas; he aquí que yo te sano..." (2 Reyes 20:1-5). *Hasta perversos como Acab encontraron misericordia cuando se humillaron (1 Reyes 21:17-29)*

- *1 Sam. 22:17-19; enloquecido por los celos, mata a los sacerdotes.*
- *1 Sam. 23:20-21; hombre movido por sentimientos. Escuchaba malos consejos y hacía lo que el corazón le dictaba, esclavo de los deseos y las emociones. Bendecía, no a los rectos y amantes de la justicia, sino a los traidores y desleales, ya que atendían a sus deseos.*
- *1 Sam. 24 y 26; con mucho remordimiento, pero sin ningún arrepentimiento. Manifestaciones de llanto y emoción sin cambio de conducta. Comportamiento típico de quien obra por sentimientos y no por principios.*
- *1 Sam. 28:1-7; no oye más a Dios, busca oír a Satanás.*
- *1 Sam. 31; muere abandonado por Dios a quién había despreciado y por los hombres de quién tanto buscó aprobación y honra. ¡Qué triste fin!*

4- Descubriendo la bendición de ser segundo

En toda esta locura y tiniebla en la que estaba envuelto Saúl, brilló con sencillez el corazón de Jonatán. Él era el heredero natural y legítimo del trono de su padre, con todo, sabía que la ley de Dios estaba por encima de la ley hereditaria.

Jonatán reconocía que Dios había escogido a David para ser rey sobre Israel y se alegraba en esto.

No importaba que David tomara el lugar que era suyo. Dios había establecido a David. Esto era suficiente para Jonatán. Él no necesitaba defender su posición.

Saúl nunca se vio a sí mismo como siervo de Dios, sino apenas como rey de Israel. En esta locura, tienta a Jonatán a destruir a David (1 Sam. 20:30-31). La reacción del corazón de Jonatán es un modelo del corazón de Aquel que a Sí mismo se humilló tomando la forma de siervo (Filip. 2:5-8)

"Entonces se levantó Jonatán hijo de Saúl y vino a David a Hores, y fortaleció su mano en Dios. Y le dijo: No temas, pues no te hallará la mano de Saúl mi padre, y tú reinarás sobre Israel, y yo seré segundo después de ti; y aun Saúl mi padre así lo sabe." (1 Sam. 23:15-18)

Que esta difícil declaración sea una constante en nuestra boca y corazón: **"yo seré segundo después de ti"**.

Que el Señor nos libre del complejo de Amán, que quería la reverencia de todos, no aceptando que ninguno lo ignorase. Encontremos gozo en la humillación. El Señor nos dé valentía y fe para permanecer en la cruz. Identifiquémonos con el Cordero crucificado, para ser incluidos en su exaltación (Filip. 3:2-11)

Que el Señor nos libre del síndrome de Saúl, que no toleraba la honra dada a su prójimo, y que vivía para usufructuar su posición y no para servir a Dios y a los hombres a través de ella. Alegrémonos con la honra de nuestros hermanos y seamos siervos de todos, por amor a Cristo (1 Cor. 9:19-23).

El Señor nos conceda un corazón como el de Jonatán, que con alegría cedió su lugar a su compañero. Que no se esforzó para mantenerse en la posición de "jefe". **Que no compitió con aquel que, naturalmente, debería ser su siervo y no su rey.**

**Que nos sea dado un corazón como el de Jonatán,
un hombre que descubrió la bendición de ser segundo.**

El Señor, al comparar su Reino con el reino de las tinieblas, considera común que en el mundo, donde domina Satanás, los hombres se esfuercen por ser reconocidos, honrados, destacados y estimados por todos. Pero, a todos sus hermanos, aquellos con quién ha de heredar el Reino Eterno de Su Padre, Él ordena: "... **pero entre vosotros no será así...**" (Marcos 10:35-45) ¡Amén!

Referencias básicas: Rom. 12:3; 2 Cor. 4:4-6; Mateo 23:5; Apoc. 14:13; 1 Cor. 8:1-3; Juan 6:63; Rom. 8:5-8; 1 Sam. 15; 1 Sam. 23:15-18.

10 de Octubre de 1999